

Excelencias, queridas Embajadoras, queridos Embajadores, queridas amigas, queridos amigos,

Os agradezco, ante todo, junto con mi esposa Monica, vuestra presencia. Esta es una Fiesta Nacional de especial relieve. Hoy, 2 de junio de 2026, celebramos los ochenta años de la República italiana.

La construcción de la paz y la afirmación de la libertad están en el acto fundacional de la República, junto con la vocación al multilateralismo y a Europa.

Hubo tres momentos fundamentales: la síntesis que la Asamblea Constituyente consiguió lograr, en el diálogo y en el respeto mutuo, entre visiones políticas incluso muy distantes; la entrada como miembro fundador en la Alianza defensiva del Tratado del Atlántico Norte en 1949 la firma de los Tratados de Roma, en 1957, con el nacimiento de las Comunidades Europeas. Italia estuvo entre los seis países fundadores, determinada a recuperar un papel internacional fundado en la promoción de la paz, de la justicia, de la prosperidad.

Como ocurrió con la adhesión de España en 1986, se abrió un recorrido extraordinario. No solo en términos de crecimiento económico y de desarrollo agrícola, que canceló en pocos años, gracias a la política agrícola común, métodos de trabajo que en algunas regiones de Italia eran todavía medievales; sino también en términos de crecimiento político, cultural y social.

La dignidad del ser humano, en cualquier parte del mundo, y la búsqueda de la paz se ponen en el centro del proceso europeo. El diálogo se sustituye a las incomprensiones y a los conflictos. Se trabaja por un proyecto común, por la afirmación de una “fuerza amable”, de un humanismo europeo, en las palabras del gran europeísta Tommaso Padoa Schioppa, vice Presidente del Banco Central Europeo, un humanismo

arraigado en sus raíces históricas, en su inspiración cristiana y en la contribución de la ilustración y de la modernidad.

Sobre todo, se comprende que Europa puede encarnar la pertenencia y el sentimiento común de cada europeo. Casi treinta años antes del nacimiento de las Comunidades europeas, lo había entendido perfectamente Ortega y Gasset. Hablando a los alumnos de la Freie Universität de Berlín el 7 de septiembre de 1949, declaraba que los pueblos europeos eran desde hace tiempo una sociedad y que el hombre europeo había vivido siempre, al mismo tiempo, en dos espacios históricos, en dos agrupaciones, una menos densa pero más amplia, Europa; y otra más densa, pero territorialmente más reducida, el área de cada nación individual.

El humanismo europeo se ha consolidado a través de los siglos.

El pasado 19 de marzo, en el discurso pronunciado con ocasión del doctorado *honoris causa* otorgado por la Universidad de Salamanca con la presencia de Su Majestad el Rey, el Presidente de la República Sergio Mattarella recordó la Escuela de Salamanca, las enseñanzas sobre la dignidad y el alma de cada ser humano de Francisco De Vitoria, los vínculos con el mundo romano y con el *jus gentium* del jurista romano Gayo. Es un hilo rojo que Cervantes recoge y desarrolla: con Don Quijote, observa el Presidente Mattarella, Cervantes reivindica la libertad interior y la grandeza de los ideales, adelantando una concepción europea de la dignidad humana como valor intrínseco, independiente del éxito o del reconocimiento social.

Hoy, el marco es mucho más complejo. La sociedad está asustada; teme por el bienestar de sus hijos; le resulta difícil encontrar una vivienda y empezar una familia; asiste a un crecimiento progresivo de las desigualdades; no entiende las modalidades y las consecuencias del

capitalismo financiero; tiene miedo al impacto de las nuevas tecnologías sobre el trabajo, sobre su remuneración y sobre la cohesión social.

Al respecto, creo que es fundamental meditar sobre la Encíclica *Magnifica Humanitas* del Pontífice León XIV, constructor de puentes y de diálogo, como en la etimología latina del nombre. El Santo Padre observa que “en un contexto donde la riqueza de las naciones depende cada vez mas de conocimientos y tecnologías, cuando estos bienes quedan concentrados en las manos de unos pocos, sin adecuadas formas de intercambio y de acceso, se crea un nuevo desequilibrio que (...) alimenta la brecha entre incluidos y excluidos”. Las nuevas tecnologías pueden ser una gran ayuda para el desarrollo humano, pero corren el riesgo de “actuar como un acelerador del paradigma tecnocrático y, por ello, necesitan un nuevo marco espiritual, ético y político”.

Al mismo tiempo, en el ámbito internacional, asistimos a una constante devaluación de los principios de la Carta de las Naciones Unidas y a un deslizamiento hacia el Leviatán de Hobbes, el tirano dotado de poderes absolutos. La frecuencia de las violaciones sistemáticas de los derechos humanos y la flagrante, inaceptable e irreverente lesión de la dignidad de los individuos debilitan el orden internacional y sus principios. Vuelve a surgir una creciente desafección, como apunta el Presidente Mattarella en el discurso de Salamanca, hacia las reglas pactadas, hacia los Tribunales Internacionales y sus jueces. Se deslegitima el sistema multilateral y se vuelve a la guerra y a la agresión como herramientas para afirmar un ilusorio soberanismo absoluto, que lleva inevitablemente al conflicto y al odio.

En lugar de lograr la paz universal de Kant, corremos el riesgo, en las palabras de Goya, de un sueño de la razón que genera monstruos.

España e Italia, Estados profundamente europeístas y que hoy no se podrían ni imaginar fuera de la Unión Europea, no se resignan a esta decadencia.

No vivimos en la época heroica de la Agenda 2000, del profundo entusiasmo hacia una Unión Europea que estaba aplicando el Tratado de Maastricht y se preparaba a la entrada en circulación del euro. El Ministro alemán de Asuntos Exteriores Fisher se preguntaba entonces si no sería correcto, dado el nivel de integración alcanzado, reducir las Embajadas en los Estados miembros al nivel de simples delegaciones. Por aquel entonces, las palabras de Fisher desencadenaron un profundo debate. Difícilmente hoy podrían tener el mismo impacto, muchas cosas han cambiado.

Y, sin embargo, Europa tiene una fuerza de atracción todavía muy intensa. Basta con pensar en el próximo referéndum en Islandia sobre la adhesión, que en caso de resultado favorable nos llevaría en tiempos breves a tener un vigésimo octavo Estado miembro; a la ampliación hacia los Balcanes, que el Vice Presidente y Ministro de Asuntos Exteriores italiano Antonio Tajani prefiere definir la reunificación de Europa y que está dando sus frutos; al cierre de acuerdos económicos de nueva generación con el Mercosur, con la India, con Australia y con México.

Pero, además, Europa ha sabido sobre todo demostrar unidad y determinación a la hora de apoyar la heroica resistencia del hermano pueblo ucraniano frente a la agresión rusa, un pueblo que está demostrando altísimas capacidades tecnológicas e innovadoras a la hora de desarrollar tácticas de respuesta a la agresión; Europa ha demostrado también cohesión frente a los intentos de menoscabar su territorio y su bienestar; y sobre todo comprensión de las dramáticas consecuencias para Europa que la pasiva aceptación de la agresión habría implicado. La Presidenta del Consejo Giorgia Meloni ha apoyado y apoya a Ucrania con la más grande determinación y convicción.

Ucrania es Europa. El debate sobre la ampliación no es fácil, porque entran en juego la aplicación del acervo comunitario y los méritos de cada

Estado. Quisiera, de todas formas, recordar con la Presidenta Meloni y el Ministro Tajani que el lugar de Ucrania tendrá que ser dentro de la Unión Europea, como Estado miembro. La Unión será su puerto después de tanto sufrimiento, de tanto estoicismo y de tanto coraje.

Refiriéndome aquí a Europa, naturalmente pienso también en un gran Estado que, a pesar de estar ahora fuera de la Unión Europea, sigue siendo una parte indisoluble de Europa: el Reino Unido, a cuyo valor y sacrificio en las fases cruciales del segundo conflicto mundial debemos nuestra libertad.

Sabemos lo que hay que hacer. Somos conscientes de que la distancia con Estados Unidos, en términos de producto interior bruto, innovación y competitividad, ha crecido enormemente en los últimos treinta años. Somos conscientes de que, en China, el crecimiento exponencial de la economía, de la tecnología y del sistema educativo expone nuestra industria a vientos de tormenta. Sabemos, volviendo a las palabras de Ortega y Gasset, que hoy a la Unión Europea se le pide más densidad, en términos de política exterior y de defensa; somos conscientes de que hace falta facilitar el proceso decisional a través de la extensión del voto por mayoría, como recuerda nuestro Vice Presidente y Ministro de Exteriores Antonio Tajani.

Los informes Draghi y Letta indican debidamente el camino.

Un gran cordobés y un gran romano, Lucio Anneo Séneca escribía: *naviganti quem ventum petat, nullum portus suus est*. Para el navegante que no sabe a qué puerto dirigirse, ningún viento es favorable.

Nosotros conocemos el puerto y podemos aprovechar los vientos favorables, que a veces llegan de manera imprevista y desde dónde no se

les esperaba. La alternativa sería resignarse a la decadencia y a la irrelevancia.

Añado que, según las palabras clarividentes del gran historiador italiano Massimo Salvadori en 1985: “Europa es, por efecto de su historia y de su geografía, un punto de conexión entre Occidente y Oriente, entre Norte y Sur del mundo. Y, por lo tanto, nuestra vocación de europeos, en un mundo que está indudablemente conociendo la crisis del orden bipolar, es también la de ser una fuerza de encuentro y de diálogo”. Por lo tanto, resuena realmente como muy acertado lo que escuchamos durante el maravilloso viaje por el sur de España de los Embajadores de la Unión Europea, organizado por la Presidencia de turno chipriota: Europa no termina, sino que empieza en Andalucía.

Excelencias, queridos amigos, os agradezco que seáis tan numerosos en esta celebración. La fiesta nacional quiere celebrar las extraordinarias relaciones entre nuestros dos pueblos; la compenetración económica cada vez mayor; las relaciones culturales y sociales tan intensas; la presencia masiva y creciente de italianos en España, acogidos con gran amabilidad y calor, por lo que os estamos profundamente agradecidos.

En este contexto, permitidme saludar a algunos amigos que están a punto de dejar España tras la finalización de su mandato: nuestro Cónsul General en Madrid, Spartaco Caldararo, que volvió a abrir, hace dos años, el Consulado General de Madrid y supo enseguida volverse un referente imprescindible para las autoridades locales, para nuestros conciudadanos y para toda la Embajada; la segunda jefatura Simona Battiloro, que entre sus muchas cualidades tiene la preclara de encarnar perfectamente con su equilibrio el humanismo europeo; el Agregado de defensa Max Siragusa, cuya popularidad se debe a su valor y a su contagioso entusiasmo; el Director del ICE, Instituto para el comercio exterior de Madrid, Giovanni Bifulco: le había sugerido, sin éxito, cobrar a comisión, ya que hoy sería un hombre riquísimo por el extraordinario incremento

del intercambio y de las inversiones que se ha realizado durante su mandato; finalmente, la funcionaria administrativa Luisa Messina, a cuya tenacidad, fuerza de voluntad y espíritu de sacrificio se debe también el buen funcionamiento de la Embajada.

No podría cerrar esta intervención sin un agradecimiento a la Escuela italiana, la escuela con mayor número de alumnos en el extranjero, a su director Massimo Bonelli, a los profesores y a todo el personal. Estamos orgullosos de vosotros, de vuestro trabajo tan importante para la formación de las nuevas generaciones y por la síntesis que sabéis realizar entre España e Italia dentro del común sueño europeo.

Finalmente, quisiera recordar a un gran italiano y español, un constructor de puentes, un hombre de diálogo, Aldo Olcese Santonja, que nos dejó prematuramente hace poco más de un año. Tengo el placer de informar de que, gracias en particular al Agregado científico, el físico nuclear Sergio Scopetta, desde el próximo octubre cada año se premiará en la Embajada de manera estructurada a una gran personalidad que haya sabido introducir innovaciones importantes en beneficio de la sociedad.

Todo ello en el nombre y recuerdo imperecedero de Aldo.

Gracias, una vez más, por vuestra cálida asistencia.

Viva Italia, viva España, viva la Unión Europea.